

A. MacIntyre (2017). *Ética en los conflictos de la modernidad. Sobre el deseo, el razonamiento práctico y la narrativa*. Madrid: Rialp.

Juan Bautista Peris Roig^a

Después de una lectura atenta de esta obra de MacIntyre (el libro no permite otro tipo de lectura), el lector tiene la impresión de haberse sumergido en un denso, concienzudo y excelente manual de moral y ética. Hay que admitir que es muy necesario el subtítulo del volumen: “sobre el deseo, el razonamiento práctico y la narrativa”, porque enuncia el viaje conceptual que nuestro autor realiza a lo largo de sus 523 páginas. Sin embargo, durante la lectura se percibe la pretensión del filósofo por salir progresivamente del ambiente académico para adentrarse en el terreno de la práctica. Él mismo reconoce en el prefacio que ha intentado abarcar mucho.

Un prefacio y cinco capítulos. El último de ellos lleva por título “Cuatro narraciones”. En él se muestra la vida

de cuatro personajes distintos entre sí pero que ilustran la propuesta que aparece en el libro: un novelista, una juez, un historiador y un sacerdote. Se describen rasgos de la vida de estas personas que, de una manera u otra, han influido en el pensamiento de nuestro autor. Una excelente forma de concluir el libro: narrando vidas humanas virtuosas que, al contribuir a mejorar la sociedad, se convierten en referentes.

Es un libro de los que requieren lápiz en mano para destacar las interesantísimas ideas que surgen desde el primero de sus capítulos, donde MacIntyre usa los términos clásicos de *moral y ética*. Así, de esta manera, el “agente racional”, el deseo, el bien y lo bueno conviven con la *eudamonia*, *pleonexia* y los juicios evaluativos y normativos. Desde

^a Graduado en Filosofía y licenciado en Estudios Eclesiásticos. Director del Colegio Salesiano San Juan Bosco.

E-mail: juan.peris@salesianos.edu



el capítulo inicial, el autor comienza a tejer su tesis y, junto con ella, una serie de cuestiones muy atractivas que cautivan la reflexión del lector.

La primera de ellas: cómo actuar, como agentes racionales, ante los conflictos éticos que se plantean en esta nuestra sociedad; dilemas que arrastramos desde los inicios de la Modernidad. Sin reparo alguno, el autor muestra las distintas respuestas que se han venido enunciando desde otros tantos posicionamientos filosóficos. Y llega a la conclusión de que estas argumentaciones rivales de la teoría ética son irreconciliables y conducen inevitablemente a permanecer irresolutos ante cualquier decisión de tipo práctico. Discusión interminable.

Nuestro autor extrae minuciosamente lo que de positivo ve en cada una de las corrientes de pensamiento de la Modernidad. Simultáneamente critica, a la luz de su neoaristotelismo tomista, lo que considera como errores de planteamiento. Incluso deja claro que su propia visión genera controversia entre los más cercanos a sus postulados (nos referimos efectivamente a Gilson). No obstante, ensaya una solución posible.

La Modernidad ha sido –para nuestro autor– una época de liberaciones sociales y políticas; de emancipaciones ante normas arbitrarias y opresivas. Ha constituido también un tiempo repleto de logros científicos y artísticos genuinos y admirables. “Sin embargo, en el seno de esta misma Modernidad se han generado

nuevas formas de desigualdad opresiva; nuevos tipos de empobrecimiento material e intelectual y nuevas frustraciones y descarríos del deseo”. Son cuestiones que llegan a nuestros días con una cierta virulencia y que plantean retos morales que Alasdair aborda profundamente, sin escatimar ejemplos y referencias para situar las cuestiones que son *causa belli* de difícil solución.

Para entender esta encrucijada hay que leer con atención la interesante descripción que hace el autor de lo que él denomina la Moral. Sí, con mayúsculas, aquella que emana de la nueva concepción de un orden social contemporáneo y que pertenece a lo que él denomina Modernidad.

El orden social que él analiza proviene de una conjunción entre la ley del Estado y la ley del Mercado. Insertas ambas en una sutil narración, se entremezclan y hacen surgir un nuevo Leviatán: el *estado-mercado*: “Un Estado de extraordinarios poderes y revestido de autoridad por los que los han elegido mediante el mecanismo democrático, que en ocasiones pudieran ser tildados de grotescos”.

En las constituciones occidentales se recoge ampliamente el carácter democrático de las sociedades. Todo individuo es libre de presentarse para ser elegido, y tiene un voto para poder elegir, “pero cuando los individuos escogen entre candidatos al gobierno y las políticas y programas que estos defienden, las alternativas disponibles para que los



votantes elijan no las determinan ellos. Dichas alternativas vienen determinadas por grupos pertenecientes a los partidos políticos mayoritarios, por las coaliciones de grupos de interés que fijan la agenda de la política nacional”. Existe un contrato implícito por el que los ciudadanos se comprometen a cumplir las leyes del Gobierno que, a cambio, va a satisfacer los deseos de los gobernados. Deseos que son creados por las leyes emitidas por esos gobiernos.

De esta forma, los ciudadanos dejan de ser tales y se convierten en clientes. Se pasa de una consideración de Estado a una consideración de mercado. El estado se convierte en la gran empresa que desea fidelizar a sus clientes. De ahí que Alasdair hable de una ética de mercado para establecer sus relaciones; relaciones de mercado, impersonales, donde la codicia y el deseo de obtener el máximo beneficio “no solo es un rasgo de personalidad, sino también un deber”.

La conclusión a la que llega nuestro autor es que los individuos de la sociedad surgida de la Modernidad se rigen por esa Moral donde “el dinero deviene en un objeto de deseo, no solo por lo que puede comprar, sino en sí mismo”. Ya sea en su formato económico neoliberal capitalista, ya sea en una propuesta marxista comunitarista del Estado, MacIntyre insiste en su propuesta tomista iniciada por León XIII que recoge la Doctrina Social de la Iglesia: “los individuos deben entender que pueden obtener sus propios bienes individuales solamente a

través de obtener en compañía de otros esos bienes comunes que compartimos como miembros de familias, colaboradores en el ámbito laboral, participantes en una variedad de grupos locales y sociales y como conciudadanos”. No puede eliminarse la noción de bien común porque si esta es suprimida tan solo permanece “una concepción de individuo abstraída de sus relaciones sociales y sin posibilidad de realizarse plenamente”.

Y es de esta forma como sitúa los postulados de los expresivistas en relación con esa Moral propia de la Modernidad. El expresivismo considerado como una teoría metaética comete al menos tres errores. El primero de ellos es el de establecer una línea fronteriza entre lo factual y lo evaluativo y normativo. Una cosa es la teoría ética y otra, la praxis.

El segundo error radica en su capacidad de ensalzar al “yo” en detrimento del “nosotros”. En el expresivismo la toma de decisiones se fundamenta en la consecución de bienes particulares, abandonando la propuesta del “bien común”.

Otra equivocación consiste en considerar las diferentes actividades humanas como compartimentos estancos, sin nexo, conexión o relación entre ellas. Como consecuencia, lo moral se distingue de lo político, de lo estético, de lo económico, de lo legal... De esta forma un mismo agente racional expresivista puede tomar decisiones incoherentes entre sí en distintos campos de su vida, sin que ello suponga una pérdida de



identidad. Lo normal es vivir de forma fragmentada.

MacIntyre utiliza en esta obra su conocida teoría de la narración. La unidad de la vida humana ocupa un lugar central en su pensamiento. Sin esa unidad no es posible sostener una concepción coherente de la virtud, tal y como nos dice Pablo Moreno en su trabajo sobre la filosofía narrativa de Alasdair presentado en la Universidad de Navarra.

MacIntyre entiende la unidad de la existencia humana como la trama de una narración dramática: un relato estructurado. Dicho relato debe poseer una introducción, un nudo y un desenlace; todo ello dirigido hacia una finalidad congruente. Unidad narrativa causal y no casual. Desdeña que solo sea un ardid psicológico. Muestra el modo en que se entrelaza la propia historia personal con otras historias, con otros agentes, con otras decisiones. Trata de poner en orden toda la experiencia vital para darle una unidad coherente.

En la obra que reseñamos, la propuesta neoaristotélica tomista subraya que el individuo encuentra su lugar en la narración de su vida no solo como ser humano aislado, sino como individuo en relación; un individuo perteneciente a una familia, en conexión con unos amigos, inserto en la sociedad concreta en la que vive. De esta forma la persona comprueba que su historia es la historia de “un nosotros”, donde se persiguen unos fines, y donde los distintos aspectos

de su orden social se entremezclan y se encuentran cómodos en la unidad y no en la fragmentación.

La persona individual, junto con aquellas otras que intervienen y participan en el relato de su vida, comparten bienes comunes, éxitos, fracasos y errores... y aprenden de ellos. La persona –tal vez sin saberlo– en su intento por conseguir el bien final puede incluso mantener una relación con Dios. Sin embargo, si el individuo está imbuido de la ética expresivista, verá toda esta narración como una “esclavitud del espíritu”. Solo reconocerá el “yo”, y en muchas ocasiones le molestará el «nosotros», a los que considerará como un obstáculo para su libertad. En este punto me resultó interesante el dilema vital que puede sugerir entre una “voluntad de verdad” neoaristotélica tomista y una “voluntad de poder” nietzscheniana.

Llegado a este punto, MacIntyre lanza la cuestión nuclear, o las cuestiones de su propuesta: expresivistas, neoaristotélicos, la Escuela de Frankfurt o la propuesta “amoralista” y desafiante de Nietzsche, ¿son capaces de dar una respuesta clarificadora de cómo debemos actuar?, ¿qué bienes debemos perseguir?, ¿cuáles buscaría un agente expresivista y cuáles uno neoaristotélico? y, sobre todo, ¿cómo conseguirlos?

La forma de comportamiento, la praxis ética sale al rescate de la propuesta descontextualizada de la Modernidad donde, suponiendo individuos neutros,



extraídos de sus situaciones cotidianas, reales, se formula una ética demasiado abstracta, academicista, que no posibilita la resolución concreta de cómo debe ser el comportamiento en tal o cual circunstancia.

De esta forma, los distintos juicios de valor de los agentes racionales solo pueden considerarse como preferencias subjetivas, sin un sustrato de valores fundamentados ni verdades objetivas que permitan una cohesión social y un empeño por el bien común.

En definitiva, el libro propone una alternativa al “emotivismo” y al “expresivismo” imperante en la Modernidad. Tras el análisis realizado, el autor lanza nuevos planteamientos a favor de una

concepción novedosa de la propuesta aristotélico-tomista, donde se propone la búsqueda de “la buena vida” y de la felicidad partiendo de una premisa comunitaria y compartida. Los fines, aquello que deseo, será bueno si es bueno para la humanidad sin caer en un comunitarismo rancio y sin dejar pasar el contractualismo o el utilitarismo porque desvirtúan el verdadero objetivo.

Permítanme que finalice con un deseo de nuestro autor que aparece en esta obra. Sirva como reflexión final: “Tal vez haga falta que los filósofos empiecen con las cuestiones corrientes que afectan a las personas corrientes, las personas corrientes que ellos mismos eran antes de consagrarse al estudio de la filosofía”.

